

En efecto, en «El problema de una sociología del saber» se anticipan las líneas y conceptos de lo que Mannheim denomina «la sociología del saber desde el punto de vista dinámico», formulándose los de *interés, compromiso existencial, estratos espirituales y cambio de función*, pero, aunque se realiza un análisis somero de las afinidades y contradicciones entre el pensamiento conservador y el progresista y sus relaciones con racionalismo e irracionalismo, no se lleva a cabo una aplicación del modelo de análisis al que responderá la propuesta de Mannheim sobre la crítica de la ideología.

En lo que se refiere a la crítica de la mencionada obra de Scheler, Mannheim preconiza la que luego va a ser la actitud constante de otros pensadores marxistas respecto de sus maestros (así Adorno frente a Husserl, Marcuse frente a Heidegger, etc...). Mannheim comienza afirmando que «la escuela fenomenológica... es sumamente idónea para fundamentar, desde un nuevo ángulo el punto de vista de la eternidad del catolicismo» (p. 36). A ello favorece el hecho de que «la escisión radical entre conocimiento de hechos y conocimiento de esencias da paso y legitima la abrupta dualidad entre lo temporal y lo eterno y abre la posibilidad de realización de una metafísica material» (p. 37). El interés de la filosofía conservadora por compaginar experiencia y cambio social y político en un sistema estático, da lugar a una mezcla explosiva de la que surge un pensamiento desgarrado por contradicciones, intuitivo y con capacidad de análisis, pero irresoluto y reaccionario en sus conclusiones. En conclusión, el análisis sociológico e histórico de la fenomenología, sirve de excusa para buscar «el supuesto momento originario en el que lo real se transforma en espiritual» (p. 48).

Por último y en lo que se refiere a la vinculación que esta obra permite establecer entre el pensamiento de Mannheim y la «circunstancia histórica», hay que aludir al ajuste de cuentas que en ella se realiza entre las posiciones del positivismo, el apriorismo formal (neokantismo), fenomenología e historicismo (cap. II). El completo estudio preliminar que precede a la estimable traducción de esta obra permite un conocimiento aún más amplio de las referencias históricas.

Miguel RECIO MUÑIZ

GONZÁLEZ GARCÍA, J. M.: *La máquina burocrática* (Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka). Ed. Visor, Madrid, 1989, págs. 222.

Sin limitarse al quehacer de la sociología de la literatura, este libro, cuyo autor ha demostrado ya fehacientemente en otros lugares<sup>1</sup> ser un buen conocedor de la obra weberiana, nos ofrece algo más. Como el título indica con claridad, tiene por tarea rastrear las relaciones de «afinidad electiva», los paralelismos y posibles

1. Cfr. *Sobre dioses y demonios: decisionismo y razón práctica en Max Weber*. In «Revista de Filosofía» 2.ª serie, IV (1983), pp. 197-212. *Ética de la responsabilidad y ética de las convicciones*. In «Memoria Académica extraordinaria del Instituto Fe y Secularidad» (1970-85). Madrid, 1985, pp.

influencias recíprocas, no tanto entre sociedad y creación literaria, sino entre sociología y literatura en un sentido amplio y, en concreto, entre la obra de Max Weber y la de Kafka en lo que atañe fundamentalmente a un problema clave para los dos, el de la burocratización de las instituciones; aunque, ahora bien, sin dejar de considerar como referente permanente la sociedad, pues es a ella a la que ambas, ficción sociológica y literaria tratan de reflejar en sus respectivos registros. Viene de este modo a rescatar una dimensión un tanto soslayada de Weber como lúcido crítico —quizá el primero, si no el más importante— del callejón sin salida al que el proceso de racionalización-burocratización moderna ha conducido a la humanidad<sup>2</sup>. Y bajo la guía de este tema nodal, a saber, el desarrollo de la máquina burocrática, sus rasgos típico-ideales y sus consecuencias, J. M. González llega a desvelar asimismo el significado de buena parte del «misterio Kafka», al tiempo que capta el sentido de la recepción kafkiana de Weber realizada a través de la figura de su hermano Alfred Weber. Pero además de constituir según esto una interesante aportación a la interpretación literaria y a la literatura sociológica, este trabajo se enfrenta con un problema filosófico importante: el «de la disputa ya vieja sobre la existencia o no de culturas enfrentadas entre sí: la científica y la literaria» (p. 14), disputa en torno a la tesis, de C.P. Snow que hoy es revivida por Wolf Lepenies. Intereses filosóficos, sociológicos y literarios, por tanto, como confiesa el autor, confluyen en el tratamiento que realiza del tema propuesto.

¿Por qué el uso del concepto «afinidad electiva»? No es casual que J. M. González se sirva de él para determinar las relaciones entre sociología y literatura. Aunque no es de su invención —habría que remontarse, pasando por Goethe, al tratado de química de Torbern Bergman *De attractionibus electivis*— el término *Wahlverwandtschaft* identifica hoy en el terreno sociológico el modo de argumentar del propio Weber en la obra que le dio más fama. Es para él, el concepto clave explicativo de las relaciones entre el *ethos* del protestantismo ascético y la ética profesional moderna o, en general, entre las ideas y la realidad social, convirtiéndose así en sus manos en arma eficaz contra la unilateralidad de la interpretación materialista e idealista del proceso histórico.

Pues bien, centradas como están estas páginas en la sociología weberiana, el capítulo primero ejemplifica tres formas posibles de «afinidades electivas» entre ella y la literatura. De un lado, la afinidad entre los *Buddenbrook* de Thomas Mann y *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, entendidos como «descubrimientos simultáneos», por cuanto, tanto una como otra obra abordan de un modo independiente la misma temática. Es ya sabido que Thomas Buddenbrook es el «tipo ideal» del burgués moderno que asume una metódica conducción de la vida (*metodische Lebensführung*), expresada en la utilización racional del tiempo, en la ascesis intramundana, pero especialmente en la valoración ética del trabajo como una vocación (*Beruf*), y cuya peculiaridad es la de estar enraizada en una forma de religiosidad concreta (protestantismo ascético) y la de ser «a la larga» y «a su pesar» funcional para el desarrollo del capitalismo. Obviamente debe existir una razón

---

137-148. *Afinidades electivas entre sociología y literatura*. In «A granel» (1986), pp. 54-63. *Crítica de la teoría económica de la democracia*. In «Teorías de la democracia». Anthropos, Madrid, 1988, pp. 311-353. *Las herencias de Kant y Goethe en el pensamiento de Max Weber*. In «Kant después de Kant». Madrid, Tecnos, 1989, pp. 481-500.

2. Cfr. *Sobre dioses y demonios: decisionismo y razón práctica en Max Weber*. O.c., p. 198.

explicativa de la coincidencia temática entre estos dos trabajos, y ha de buscarse no propiamente en la filosofía de Nietzsche, cuyo legado evidentemente comparten, sino más bien en la obra de Goethe y en la experiencia vital de Weber y Mann (p. 24). En segundo lugar, se nos habla de la posible *influencia de la sociología en la literatura*. Ya no como descubrimientos aislados, sino como resultado de una patente influencia, cabría rastrear la presencia de Weber en la obra posterior de Thomas Mann (*Doktor Faustus*, *La muerte en Venecia* y *José y sus hermanos*). O de acuerdo con el objetivo de este libro, la influencia del sociólogo en el caso Kafka, ejercida por mediación de su hermano Alfred. Por último, puede apreciarse la *influencia de la literatura en la sociología*. En este caso, merece ser resaltada la herencia goethiana en el trabajo de Weber, herencia que aún está por desvelar en toda su relevancia. Y es que en verdad «gran parte de los elementos teóricos que configuran los hallazgos más importantes de la sociología weberiana son variaciones sobre el tema Goethe» (p. 29). Para muestra, mencionemos entre los muchos legados el mismo concepto de «afinidad electiva», la caracterización del «estilo de vida» del hombre moderno del especialismo (*Fachmensch*), que renuncia a la universalidad fáustica de lo humano, el tema de las consecuencias imprevistas de la acción, la misma tipología de la dominación legítima, o la descripción de la política como el terreno de lucha eterna entre distintas cosmovisiones...

Puesto que son las analogías Weber-Kafka el objeto fundamental de estas páginas, de los tres modos posibles de «afinidades electivas» planteados, el autor de las mismas analiza las dos primeras exclusivamente, y así considera el tratamiento de la burocracia en ambos autores como un posible caso de «descubrimiento simultáneo», y la obra de Kafka como un ejemplo de «influencia de la sociología en la literatura» (p. 32).

La raíz última de la coincidencia en el tratamiento del problema de la burocracia entre Weber y Kafka habría quizá que buscarla en las sorprendentes analogías biográficas, que las hay, y que contribuyen a conformar una suerte de «almas gemelas» en algunos aspectos (pp. 33-55), e incluso en el trasfondo nietzscheano presente en ellos; pero sobre todo, en esa idéntica experiencia vital-epocal compartida por dos coetáneos, súbditos de dos imperios centroeuropeos «hermanos»: lo que J. M. González denomina «la era de la burocracia», de la que puede decirse nace en las últimas décadas del s. XIX y las primeras del presente siglo, y que sin detenerse en su desarrollo, sus efectos se dejan sentir hoy de un modo más patente. Precisamente con ese título («Era de la burocracia»), el cap. II analiza los factores históricos impulsores del espectacular e incontenible avance del proceso de burocratización en la Alemania guillermiana y en el imperio austro-húngaro, mostrando a la vez cómo, ya sea en forma de «símbolos», ya en conceptos, la creación kafkiana y la weberiana reflejan a la par y con máxima fidelidad una misma experiencia histórica: el «espíritu del tiempo» (p. 57).

La amenazante presencia de un «mundo totalmente administrado» cobraba efectivamente pleno sentido ante una serie de acontecimientos históricos mutuamente reforzables que implicaban la ampliación de las esferas de actuación de la burocracia. Por una parte, y como efecto de la lógica interna del desarrollo del capitalismo, se produce la *taylorización y organización del trabajo* en la gran empresa monopolística. De otro lado, nos encontramos con el *desarrollo de la legislación social* (1872), consistente en una serie de propuestas «positivas» para la regulación estatal de los problemas sociales que la industrialización capitalista deja tras de sí sin resolver, y cuyo fin es la pacificación social. Estamos en los orígenes del «Esta-

do asistencial». En tercer lugar, hace su aparición un Estado regulador y estabilizador de la economía (Estado intervencionista), como consecuencia de la quiebra del liberalismo, precipitado por las crisis de los 70 y 80. La «previsión de la existencia colectiva» es la función fundamental que el nuevo Estado desempeña, función que supone la modelación estatal de la sociedad civil. Por último, el derrumbe del liberalismo político supone el *surgimiento de los partidos de masas* (1880); su presencia significa la democratización de la vida política y la exigencia de un aparato administrativo que funcione con la precisión y eficacia de una máquina. En ese juego de paradojas weberiano, democracia-burocracia-pérdida de las convicciones políticas y liderazgo carismático son, pues, términos irremediabilmente vinculados y coimplicantes que explican la vida política de nuestra época.

Tras aludirse a otros dos acontecimientos impulsores del proceso de burocratización general de la sociedad: la gran guerra y la revolución bolchevique, el cap. III se centra ya propiamente en las coincidencias entre el *modelo formal weberiano de burocracia* y la imagen de la burocracia esbozada por Kafka, para pasar en el cap. IV a analizar la *crítica* que este último, junto con los hermanos Weber, realizan a la *máquina burocrática*. De acuerdo con los propios planteamientos epistemológicos de Max Weber es posible y necesario distinguir en su obra dos tipos de discursos sobre la burocracia bien diferentes: los textos estrictamente sociológicos, con una clara pretensión de objetividad, en los que se construye un *modelo abstracto y formal de burocracia* (modelo típico ideal), y los textos políticos, en los que «aparecen los contextos sociales y políticos de la burocracia, su funcionamiento real, sus fuertes limitaciones internas y las relaciones con otras fuerzas sociales» (p. 137). Nuestro autor toma como estrategia fructífera para su cometido esta distinción entre el *Weber teórico de la burocracia*, presente en *Economía y sociedad* y en los *Ensayos sobre sociología de la religión*, y el *Weber crítico de los procesos de burocratización*, tal y como se expresa en los *Escritos políticos* y en los *Ensayos sobre sociología y política social*. Y si, como decimos, al tercer capítulo le competen las analogías entre el Weber teórico y el literato austriaco, en él se estudiará el modelo típico ideal weberiano de burocracia enmarcándolo dentro de dos contextos: en el contexto general de su *sociología del poder*, y en el de su *teoría del racionalismo occidental*. Este análisis permite concluir la superioridad de la burocracia desde el punto de vista de la racionalidad formal. A ella le corresponde en rigor «la cara positiva de la metáfora mecanicista: cada tuerca y tornillo están en su sitio, los engranajes debidamente engrasados, aceitados y fluidificados, y todo funciona con la rapidez y eficacia de un mecanismo de precisión» (p. 151).

Desde esta caracterización de la burocracia como una «máquina perfecta» —tanto más cuanto más deshumanizada— y del funcionario, por ende, como una «ruedecilla sin alma» de ese mecanismo, reducido a la función que desempeña en él, J. M. González, siguiendo sólo en parte a Horst Albach, expone con todo detalle los rasgos que acercan la burocracia moderna weberiana a la que Kafka tiene en mente (pp. 159-167). Ambos autores comparten también las características personales que ha de poseer la figura del funcionario, en los antípodas del héroe, del empresario y del político fundamentalmente por el hecho de que el buen funcionario debe sacrificar toda convicción personal y toda responsabilidad última de las consecuencias de sus actos en aras de la disciplina y la obediencia: del deber profesional. Esta caracterización nos parece especialmente interesante, porque al entrar en el tema, casi nunca bien entendido, del obrar del buen político y considerar con acierto que su acción debe atenerse a las máximas tanto de la ética de la responsabilidad como de la ética de la convicción, se elabora frente a una interpre-

tación «tradicional» de Weber, otra en la que se resalta la dimensión crítica de su teoría»<sup>3</sup>.

Ese es precisamente el Weber que a este libro le interesa destacar: el crítico de la sociedad, de la política y, concretamente, de los procesos de burocratización. La ambivalencia siempre presente en Weber ante el examen de la burocracia se explica por esa doble manera suya, teórica y crítica, de enfrentarse a ella; pero asimismo por la concepción subjetivo-perspectivista de lo «racional» que él defiende. Si no existe una *razón objetiva*, sino sólo una pluralidad de razones subjetivas en eterno conflicto, si nada es «racional» o «irracional» en sí mismo, sino sólo por referencia a una determinada posición valorativa, lo que se tiene por racional desde una consideración puramente técnica, puede aparecer como irracional desde la esfera de la racionalidad material o sustantiva, y a la inversa. Aplicado esto al tema de la burocracia, resulta que mientras que desde una perspectiva científico-neutral, los textos sociológicos muestran la cara positiva de la «máquina burocrática», pudiéndosele atribuir a su acción el más alto grado de racionalidad formal, desde un punto de vista crítico-valorativo, concretando, desde una posición de valor como la weberiana en favor de la libertad y autonomía del individuo, los textos políticos desvelan su cara negativa e irracional. Aquella imagen de «mecanismo eficaz y preciso» se torna ahora en desalmada y opresora «jaula de hierro». He aquí, pues, el sentido de aquella ambivalencia. Los mismos rasgos que convierten a la burocracia en una maquinaria viva perfecta, se vuelven una amenaza para los valores más queridos de Weber. Y es que su propia dinámica racionalizadora apunta hacia la creación de una nueva servidumbre, representada por la anulación del individuo en aras de la «articulación orgánica» de la sociedad y del «orden social».

Vistas así las cosas, el terror a un mundo plenamente burocratizado le hace dirigirse a Weber contra quienes abogan por la «nacionalización de la economía», por el «socialismo del futuro», por una «sociedad organizada» o por una «economía cooperativa» (p. 185). De ello deja constancia su intervención en la asamblea del Verein für Sozialpolitik de 1909, al instalarse frente al ala conservadora del Verein (Schmoller, A. Wagner), responsables de alimentar una «metafísica de la burocracia» que eleva a la máquina administrativa por encima del individuo más allá de su mera función técnico-instrumental. En este duro alegato contra el proceso de burocratización coinciden los hermanos Weber. La cuestión que les preocupa a ambos (como a Kafka en *En la colonia penitenciaria*, de la que se dice es la expresión literaria de *Der Beamte*) es la de saber qué podemos oponer al avance de ese proceso de burocratización, que supone la expansión omniabarcante de la *Zweckrationalität*, a fin de preservar la autonomía del individuo para escoger los valores que dirigen su propio destino en un mundo en el que los destinos de cada cual vienen determinados por la propia lógica de ese mecanismo racionalizador de la vida: el problema es, en fin, qué nos cabe hacer para «conservar un resto de humanidad en esta parcelación del alma, en este dominio exclusivo de los ideales de vida burocráticos» (*Escritos políticos*, Apud. González García p. 202).

Yolanda RUANO DE LA FUENTE

3. Cfr. *Ética de la responsabilidad y ética de las convicciones*. O.c., p. 143.